

MACHADO, POETA ENTERO EN EL RECUERDO

Lo que nos sirve de Machado

Antonio Machado es un poeta «nuestro». Quiero decir que cuando nos acercamos a su obra o incluso a su significación humana, no le contemplamos desde supuestos culturales con la intención de descifrar su mundo y su circunstancia. Machado es una manera de entender España y de entender la poesía. Con una y con otra podemos fácilmente identificarnos. Se destaca de entre la media docena de nuestros poetas decisivos y su vigencia política y doctrinal le incorpora señeramente a nuestra momentaneidad. Sin embargo es embarazoso y difícil, creo yo, hablar de Machado para decir algo nuevo que justifique la osadía de acercarse a un árbol de tan frondosa atención bibliográfica. Son varias las maneras de situarse ante los poetas para intentar su intelección. Casi me atrevería a resumir las posibles posturas receptoras en una dicotomía ciertamente tendenciosa, aunque representativa, de nuestra propia idiosincrasia. Partiendo del hecho insólito de la comunicatividad —según la teoría aleixandrina— el poeta nos sirve como elemento de traslación hacia mundos de intelectualización que tienden a romper con la estructura real y fenomenológica. Y así aceptamos el surrealismo en orden a las tendencias más esotéricas. O bien admitimos la otra gran vertiente de esa dualidad que consiste en el valor humano del individuo y de su credo racional. Si en la primera de las vertientes se insertan Perse, Aragón o Rimbaud, en esta última el nombre de Antonio Machado nos sirve como anillo al dedo para determinar el maridaje del poeta con la verdad desnuda que, en el fondo, es la que definitivamente satura nuestra sensibilidad. Eso es lo que nos sirve de Machado. Eso y no otra cosa es lo que le hace estar vigente en nuestra razón, vivo y entero como poeta y como hombre en nuestro recuerdo. Este es, asimismo, el motivo de que hayamos titulado nuestro trabajo de la forma que lo hemos hecho. Hay una extraver-

sión de la sensibilidad hacia la deshumanización del lenguaje a través de esos alambiques que licuan el aire potenciador de la inspiración por medio de la metáfora, la imagen o la quebración del sentido lógico. Ni Antonio Machado es metafórico ni tampoco amigo de rizar el rizo de la originalidad con el riesgo de incurrir en la temida pedantería. Cuántas cautelas asediaban la intimidad mental de don Antonio cada vez que llegaban a su conocimiento las nuevas osadías de «los pedantones al paño». Sus personajes apócrifos son enmascaramientos útiles para dar pábulo a sus cogitaciones que apenas logran disimular la continencia granítica de su andadura humana.

Antonio Machado no era hombre que pudiese disimular aunque tratase una y otra vez de concertar un sincretismo clandestino con Juan de Mairena o con Abel Martín. A veces se contradecía porque, en el fondo, lo que sucede es que quien alardea de llaneza está incurriendo sin darse cuenta en una cierta complicidad de mundos retóricos. En boca apócrifa, para definir lo que pasa en la calle, Machado utiliza la conocida definición cultista: «los eventos consuetudinarios que acaecen en la rúa». Existe un Antonio Machado socarrón y casi mordaz que, condenando esa retórica, es retórico a la vez, aunque los caminos que intenta sean muy otros. El nos dirá en su retrato: «ya conocéis mi torpe aliño indumentario», optando por la paradoja, porque lo cierto es que no hay aliño torpe, sino desaliño.

Nos sirve de Antonio Machado, ante todo, su inquietud intelectual; sus mundos de despersonalización y la gravedad sustancial de sus conceptos. Nos sirven, más que su propia poesía, con ser ésta tan alquitarada, por lo que tiene Machado desde su conducta y desde su palabra de cierta e irrefutable deserción de la línea noventayochista. Machado no coincide en ningún aspecto con el decadentismo europeo en el que incurre su hermano Manuel; ni con el derrotismo creacionista del noventa y ocho. El suyo es un mensaje mucho más abierto a la verdad, mucho más fácil de contrastar. El poeta cree que ha llegado tarde a la corriente en que militan sus compañeros de generación —así lo confiesa él mismo—, y lo que ocurre es que ha llegado, de una vez y para siempre, a instalarse en los designios de la inmortalidad.

En mis últimas lecturas sobre Machado, a siete años vista de la biografía que de mi viejo maestro publiqué, observo ahora en el libro de José María Valverde su propósito de combatir el tópico y de desmitificar la figura del poeta sin dejar por ello de reconocer su gran entereza. En el reciente libro de Leopoldo Luis se constata la coherencia de la turbadora personalidad del autor de *Campos de Castilla*. No hay que olvidar que Machado es quizá la figura más

enteriza de nuestra panorámica literaria actual. Tuñón de Lara recuerda la consabida ecuación costiana: «escuela + despensa = renovación del país». Para un *republicano platónico* las aspiraciones de justicia y redención de una España hosca, maltrecha y dividida tenía que asentarse sobre cosas muy sencillas, expresadas y resueltas a nivel primario, a nivel de escuela, de despensa y de intención. Qué lejos estaba don Antonio de las estructuras tecnocráticas y de esos logogrifos dialécticos que la economía teórica —hoy tan en boga— vomita para cubrir con un telón de fondo los sucios arrabales de todo lo que se ha quedado sin hacer, sin escolarizar, sin superar.

Y no dejaré de citar el último e importante eslabón bibliográfico sobre Antonio Machado que ha llegado a mis manos: el libro de Joaquín Gómez Burón, documento objetivo, fiel y riguroso.

GENIO, PROYECCION, DIMENSIONALIDAD

Para conocer la densidad intelectual de Machado parece necesario escrutar el ámbito de sus admiraciones. Su Unamuno leído y paladeado desde Baeza, su Jorjue Manrique recordado inevitablemente bajo el influjo de sus solitarias depresiones, recitado en alto con voz cadente y enfática con cierta propensión al latiguillo y con añoranza de ese polvo de tablado que llegó a respirar como partiquino vestido de soldado asirio. Sus cursos de Bergson entendiendo el espacio y el tiempo en su hambrienta medida receptiva porque estos dos factores preocuparon al poeta hasta el punto de consistir en su propia fórmula vital. Fuera de la obligación cotidiana, del horario profesoral y de las servidumbres biológicas irrenunciables, Antonio Machado es un caminante que se rige por el sol y que ya ha conseguido, a fuerza de andar, el sueño dorado de Azorín: disponer de unos zapatos viejos y ahormados de esos que ya no hacen daño. Machado siempre ha tenido tiempo de ver, admirar, consentir y morir resignadamente. Y desde esa magnitud temporal que tanto ha determinado su modo de hacer, ha ido acomodando su visión y entendiendo la palabra como algo que necesita crecer rompiendo dos gravísimas intensidades: el tiempo en el que aflora y el espacio en el que se proyecta. Bergson, que había sido capaz de definir la expresión literaria y poética después de haber estudiado a los simbolistas como ímpetus vitales que determinan la razón, aprendió que el espacio y el tiempo eran la verdadera heredad de su poesía. Antonio Machado no hizo más que abrir la puerta de su corazón para dejar en libertad el ave inquieta de su esperanza. En

Antonio Machado todo es esperanza al tiempo que renuncia resignada y heroica. Habla al dictado con el corazón en punto muerto para hacer más fácil la arrancada definitiva. Todo es sencillo en su vida. Respeta los mundos de sus prójimos aunque no los comparta, aunque no los comprenda. Ni él mismo se comprende muchas veces. «Comprender» es abarcar y a veces los brazos vacilan y estar contra los demás nos parece que es desertar de nosotros mismos. Antonio Machado no tuvo ocasión de claudicar viéndose manejado de un modo triunfalista con cometidos de mayor o menor responsabilidad. Nunca llegó a exceder esa noble categoría de poeta modesto satisfecho hasta cierto punto de su apartamiento y de su ruralía y conformándose con ser espectador de su entorno. A este respecto, a los veinte años de su muerte, Guillermo de Torre publicaba en «Cuadernos»: «No conoció los altibajos, y menos los eclipses, que experimentaron sus compañeros de generación. Su misma lejanía provinciana, la exigüidad material de su obra contribuyeron paradójicamente a mantener su vigencia indeclinable». No sé si Guillermo de Torre fue justo en esta apreciación. La lejanía provinciana es discutible. Sus gentes del noventa y ocho conviven con él, cuentan con su nombre. Segovia está cerca de la capital. Es fácil coger el vagón de tercera y desafiar el gesto hostil de las Euménides (como él llamaba a las harpías que invadían los asientos) para aparecer en Madrid, en un Madrid tranquilo y peripatético que estaba como quien dice a un tiro de piedra. Pero el agudo crítico repara en la escasez de su obra y, en cierto modo, no le falta razón para sospechar que su parquedad sirva para sostener su inexorable vigencia. A García Lorca, que ahora es noticia editorial, se le achaca que su prestigio está sostenido por las circunstancias alevosas de su muerte trágica. En cierto modo igual sucede con Miguel Hernández y, si se me apura, con el propio Machado. Pero si detrás de estas circunstancias no existiese la realidad de unos incontestables poetas, la aseveración resulta un tanto demagógica y las mitificaciones de estos poetas son de una licitud y una lógica que no admiten rechazo.

En mi libro sobre Antonio Machado publiqué una entradilla que me gustaría recordar aquí: «El tiempo consagra a los poetas por muy distintos motivos. Si Machado, además de poeta, no hubiese sido un hombre rotundamente puro y humano, hoy no sería un símbolo; si la sangre de Lorca no hubiese empapado las tierras de Víznar, el poeta de Granada no sería un mito. He puesto dos ejemplos andaluces: la permanencia clásica y el duende».

Hemos de convenir que existe una cierta injusticia en la certidumbre del testimonio que constituye el legado histórico de los que van a sucedernos e incluso de ese momento actual en que sobrevive la memoria de aquellos poetas que por sus tangencias con la raíz popular o por las circunstancias adversas en que su vida se desarrolló, sus nombres quedan aureolados por algo que la sola realidad no hubiera conseguido aportarles pero que el juicio histórico retribuye con creces. Machado, académico electo, no llegó a tener recipiendario. Pero su muerte fue tan clara —él que tanto había buscado a Dios inútilmente— que cabe pensar que en algún otro lugar se le haya recibido con todos los honores. Los poetas metafísicos tienen menos adeptos. Nadie les lleva o les pasea por las esquinas porque lo mismo Saint-John Perse que Homero no se conformarían nunca con ser catedráticos de francés en una capital de provincia. Jean Cassou recuerda al poeta en los últimos días de su existencia en Collioure cuando, en su manía ascensional y rampante hacia las cimas de la que también participaba el maestro Menéndez Pidal, se colocaba sobre las rocas más altas para exclamar: «esto es Grecia». Era ése su último salto, su último esfuerzo por coronar la cima más prominente. Estaba entonces a dos dedos de la muerte, quiero decir de la inmortalidad.

DESPUES DE CIEN AÑOS

Hay que reconocer que el nombre de Antonio Machado puede servir para una cita brillante a la hora de hablar de España, tanto constructiva como demagógicamente, porque Machado, como Unamuno, Lorca o Góngora, son indudables constancias que todo el mundo tiene de algo importante aunque no llegue a saber del todo en qué consisten. Pero lo cierto es que el refranero con sus apotegmas y su cruel desconfianza es el que suele acertar y acierta sobre todo cuando dice que «al cabo de cien años, todos calvos». Calvo el recuerdo y calva la sinceridad. Las comisiones de los centenarios se organizan para llevar a cabo una labor que, de una manera u otra, se frustra y todo viene a quedar en agua de borrajas. Hemos leído algunas colaboraciones en la prensa volandera de su biógrafo Tuñón de Lara, de Julio Rodríguez Puértolas y de José Antonio Gabriel y Galán; el primero de ellos cala en su circunstancia temporal como buen biógrafo que es del poeta de «Las soledades»; el segundo ausculta el drama de España con objetiva corrección, y el tercero pone el dedo en la llaga cuando se formula la pregunta de

si es posible rescatar al poeta Antonio Machado de alguna manera, al cabo de treinta y seis años. María Dolores de Asís, en un diario madrileño, ha tratado de comunicarnos las voces de Antonio Machado arrancando de su intimidad y terminando en su tragedia. Juan Rejano nos ha ofrecido un delicioso artículo anecdótico, vivaz y emocionado. Hemos seguido con él sus últimos momentos, los más difíciles, los más determinadores de su recia estirpe totalizadora de hidalgo que subsume todo su saber y toda su andadura aceptando la muerte sin un gesto. Aurora de Albornoz, siempre machadiana desde su tesis doctoral hasta las sucesivas publicaciones que la han convertido en erudita, aunque guapa, publicó una espléndida cronología estableciendo, además, unas calas decisivas a través de las cuales el esquema machadiano resulta nítido y aleccionador. La revista «Razón y Fe» nos ha ofrecido una visión, por Rosendo Roig, de Antonio Machado, con el subtítulo de «El español integral en cuatro tiempos». Dice Rosendo Roig algo que me ha llamado profundamente la atención: «*Campos de Castilla* es la versión de Antonio Machado de la España Negra. Es un aguafuerte solanesco. Conecta con Goya, con Quevedo, con Velázquez, con Gracián. Es la España eterna. Es España. La España que Machado quería ayudar a renacer, para la que esperaba una renovación. Machado describió la España Negra desde Soria. Desde Madrid, su Universidad, la República de las Letras, el mundo de la política, la esfera clerical, también habría descrito dolidamente otros *Campos de España* muy similares a los de Castilla». Esto que dice Roig resulta inquietador en muchos aspectos, porque coloca a Machado como un ángulo vectorial de la coyuntura histórica entre las referencias más definidoras de nuestra idiosincrasia. Efectivamente, Machado es el hombre más sustancial y más sincero de la generación del noventa y ocho, porque ni siquiera se adscribe a su programa estético ni acepta enteramente las teorías especulativas denunciadoras de la trágica solución de continuidad que representó la pérdida de las Colonias. Es cierta, certísima, la afirmación de que Goya está presente en el aguafuerte condenatorio de los «Campos de Castilla», en esa admonición a todos aquellos que «desprecian cuanto ignoran».

Por fas o por nefas no ha sido pródigo este centenario en ejercicios ínclitos de voluntad, sino más bien, en expedientes de trámite. Y Machado no hubiera aceptado nunca la rutina burocrática porque él era tan simple y tan «corto» que no cobraba las permanencias «por no chinchorrar». El caso es que ha pasado un siglo desde su nacimiento y la razón dialéctica se ha quedado calva. Y nada más calvo que la parva memoria de los españoles.

EL CASO DE LOS DELFINES

Juan de Mairena nos lo cuenta: «Y fue que unos delfines equivocando su camino y a favor de la marea, se habían adentrado en el Guadalquivir». Así fue como Ana Ruiz conoció a Antonio Machado Alvarez, hijo de Antonio Machado Núñez que había sido gobernador de Sevilla en el gobierno provisional de Prim y después Rector de la Universidad Hispalense. Ana Ruiz había conocido al célebre folklorista y naturalista de codos en el pretil contemplando las gracias de los delfines en el agua dulce. Esta circunstancia dio lugar a que Antonio y Manuel nacieran más tarde en el palacio de las Dueñas, de Sevilla.

LOS DIAS DE PARIS

París tiene la culpa del decadentismo de Manuel, al que contribuyen la brillantez de Oscar Wilde, Rubén Darío y Gómez Carrillo, pero París también será el lugar de aquella escena noble en que Antonio «saca la cara por Baroja» cuando alguien, dejándose llevar de la humildad de su aspecto y de su mirada perdida en el vacío —nos lo recuerda muy bien Pérez Ferrero recogiendo de las memorias del novelista —se atreve a calificarle como *voyou de la banlieue* (randa de las afueras). En Baroja había visto precisamente el poeta el rostro más humano de los allí congregados.

VOLVER A PARIS

Volver a París con Machado en el corazón es correr el peligro de que confundamos el Duero con el Sena sin saber a ciencia cierta dónde está la calle de la Cárcel o el hotel modesto de la rue Perrotet esquina a Saints Pères. La enfermedad de Leonor, aquel trágico 14 de julio, cuando todo el mundo era feliz y ella se moría a chorros, nos coloca ante un Rubén joven y arrogante y una Francisca Sánchez con plenas facultades de belleza. Antonio Machado necesita dinero para volver a Soria. Leonor necesita su tierra para morir. En el bolsillo del rameado chaíeco de Rubén tintinean las monedas de la vanidad. Machado se humilla. Leonor muere en Soria. Esta trágica intimidad del poeta la comprenderá perfectamente Juan Ramón Jiménez con la lectura de una hermosa carta de Antonio Machado que todos recordamos.